

instante á los ojos de la recta razon la poderosa consideracion de la eternidad. El que por no privarse de un deleite momentáneo arrostra un perpetuo padecer, y se expone voluntariamente á ser eternamente desgraciado, merece serlo ciertamente, y no tiene derecho sino al desprecio que inspira toda pasion ciega y brutal.

Cuando se consideran desde cierto punto de vista los objetos en que ordinariamente emplea su actividad el espíritu humano, asombra la estrechez del círculo en que voluntariamente se encierra, y que una nonada baste para entretener su curiosidad, y burlar el deseo infinito de saber que le devora. No se halla cosa que de mas á conocer la miseria del hombre que esa pasmosa facilidad de contentarse con algunas distracciones frívolas é insustanciales, teniendo una capacidad inmensa para la verdad. Naturalmente la ama: un instinto irresistible le obliga á buscarla incesantemente; ella es su objeto, su reposo, su felicidad; y sin embargo, apenas hay cosa en que mas se deslumbre y con que no la supla y sustituya. No hablo, al decir esto, del pobre absorbido y consumido en los trabajos corporales, ni del rico que vegeta en el vacío de los placeres; sino de los mismos á quienes el cielo ha dado, junto con sentimientos elevados, una condicion independiente. Y bien; ¿qué os parece que ocupa habitualmente su pensamiento? ¿Dios? ¿las leyes inmutables que él ha establecido? Ah! No, no lo creais: pasarán la vida en combinar números, en valuar el peso de las palabras, en estudiar las propiedades de los cuerpos; esto basta, no se necesita mas para contentar, para satisfacer esos genios sublimes. ¿Qué hablais de Dios á ese sabio que llena el mundo con la fama de su nombre? ¿Cómo quereis que os escuche? ¿no veis que en este momento su espíritu está todo ocupado en la descomposicion de una sal que hasta ahora ha resistido al análisis? Esperad que haga conocer al mundo el descubrimiento de un nuevo gas, de un ácido nuevo; entonces puede ser que le podais hablar de ese Ser Infinito que con un *fiat*, como jugando, ha criado el universo y todo lo que hay en él. Aquel otro compone una historia, un poema, una tragedia, un romance, una novela, de que se imagina depende su reputacion, su fama,

su gloria: no le interrumpais; es necesario se dé prisa á acabarla, porque la muerte se acerca, y ¡qué dolor tan inconsolable si llegase antes que la hubiese dado la última mano, y levantado este monumento á su celebridad! Es verdad que él no conoce su propia naturaleza, el lugar que ocupa en el órden de los seres, su destino futuro, lo que puede esperar, ó debe temer; es verdad que no sabe si hay Dios, una verdadera Religion, cielo ni infierno; eso ¿qué importa? ya ha tiempo que sobre todas estas cosas tomó su determinacion; y no se inquieta, ni piensa en ello más: yo *no lo entiendo*, dice, *no es evidente y claro para mí*; y con esto obra, como si fuese claro y evidente que todo ello no era mas que sueños y desvaríos.

Si se pudiera evitar el infierno no pensando en él, seguramente se hallaria algun motivo á esta indolencia portentosa; mas por desgracia todo es al contrario: no pensar en el infierno, es el camino mas seguro para llegar á él. Apartar su espíritu del conocimiento de la verdad, ser á ella indiferente, ese es el pecado que Dios castiga allí, y ciertamente con justicia; porque si no queremos engañarnos, comprenderemos fácilmente que esta mentida indiferencia no es en realidad mas que un odio y aborrecimiento de la verdad.

Apelo sin temor á la experiencia general, y á la conciencia misma del indiferente: ¿no es verdad que siente una extrema repugnancia á todo lo que tiene visos de Religion, y le recuerda sus promesas y amenazas? no es verdad que interiormente desearia que ella fuese falsa? no es verdad que ha huido siempre la ocasion de instruirse en estos puntos por un secreto temor de verse convencido, ó al menos turbado, con las innumerables pruebas en que se apoya su certeza? no es verdad que se contrista, y aun irrita, cuando en alguna de esas disputas, que no siempre es fácil evitar, se presenta á favor del Cristianismo alguna prueba, á la que nada plausible se puede responder? no es verdad, por el contrario, que se regocija interiormente, cuando se hacen objeciones contra él, y esto tanto mas vivamente cuanto ellas aparecen mas sùtiles y embarazosas? ¿Pues qué es todo esto sino odio á la verdad, y por consiguiente aborreci-

miento al mismo Dios, que es la verdad suprema? ¿Y deberemos admirarnos de que arroje de sí el Señor á los que le odian y aborrecen? ¿qué otra suerte podian ni debian prometerse éstos desventurados?

No hay que buscar en otra parte que en el orgullo, y en la corrupcion del corazon humano, la causa de una disposicion tan deplorable. El hombre aborrece la sujecion, y cabalmente la Religion refrena todas sus inclinaciones. Cansado de un yugo tan pesado, trata de romperle ó sacudirle. Para esto se rodea de distracciones, se hace sordo á su impresion, se embriaga de placeres y sofismas con el objeto de sofocar con menos remordimientos una verdad que tanto le importuna; á la manera que un asesino, no envejecido aun en el crimen, se embriaga antes de cometer un homicidio. Su indiferencia hácia los dogmas nace de su aversion á las obligaciones: si no temiese á estas, admitiria gustosamente aquellos: más sabiendo que no se puede separar la regla de la fe de la regla de las costumbres, busca la independenciam de las acciones en la independenciam de los pensamientos, la libertad de obrar en la libertad de pensar. Quiere dudar, y duda: quiere á todo trance no creer, y su razon trabaja sin descansar en aniquilarse á sí misma. Verdadero suicidio moral, mil veces más digno de castigo que el que solo acaba con el cuerpo.

Que el bruto, privado de reflexion, viva y muera sin inquietarse de lo porvenir, nada tiene de extraño: esta indolencia es condicion suya natural y necesaria. Però que el hombre, dotado de potencias incomparablemente más nobles, capaz de elevarse hasta la idea de Dios, y extender sus deseos y esperanzas á lo infinito, y abrazarlo con su pensamiento, se precipite desde esta altura hasta la baja condicion de las bestias; y como ellas no tenga más Dios que sus pasiones, y satisfacer sus apetitos, y disgustado de la herencia inmortal que le señala el Criador, les envidie hasta su nada, y la aniquilacion en que á la muerte han de sumirse, es cosa que confunde, que asombra; y no hay palabras para expresar el horror que inspira tan monstruosa degradacion.

Es pues sin contradiccion la ceguedad de la indiferencia el estado de más envilecimiento en que puede caer

una criatura racional. El único caso en que un hombre de razon podria permanecer indiferente sobre la Religion, seria aquel en que no tuviésemos interés alguno de saber si es falsa ó verdadera, ó medio alguno para asegurarnos de ello. En efecto, como observa profundamente Mr. de Bonald: «Es necesario que los indiferentistas supongan » que no hay en la Religion, tomada generalmente, y en » todas sus diferencias, nada de cierto ni de falso; ó que » si lo hay en ella, como en todas las otras cosas, el » hombre no tiene medio alguno de distinguirlo; ó en » fin, que la Religion, sea falsa, sea verdadera, es igualmente indiferente para el hombre.

» La suposicion, continúa el mismo escritor, de que » todas las religiones son indiferentes, es insostenible en » toda buena filosofia. No hay filosofia sin un primer » principio, causa de todos los efectos físicos y morales, » así como no hay, ni puede haber aritmética sin una » primera *unidad*, madre, digámoslo así, de todos los » números; ó geometría sin un primer *punto* generador » de las líneas, superficies y sólidos. ¿Ni cómo es posible » suponer que nada hay de verdadero ni falso en religio- » nes opuestas entre sí; que al fin, sean como quieran, » son en todas partes la relacion verdadera ó falsa de » Dios al hombre, y del hombre á sus semejantes; la » razon del poder, la regla de los deberes, la sancion de » las leyes, la base de la sociedad? ¿cuando hay verdad » y falsedad, verdadero y falso en todo cuanto los hom- » bres alcanzan con su razon y sus pasiones; verdadero » y falso hasta en los *dramas*, en la *ópera*, y hasta en los » objetos más frívolos de nuestros conocimientos, y de » nuestros placeres? Pues si hay verdad y falsedad, ór- » den y desórden en las diversas religiones consideradas » en general; ¿cómo es posible, en buena filosofia, supo- » ner que el ser supremo, que es la inteligencia y verdad » por esencia, haya negado á los hombres, seres también » inteligentes y racionales, capaces de conocimiento y de » eleccion, de amar y aborrecer, los medios de distinguir » lo verdadero y lo falso en las relaciones que deben » tener y tienen con él? ¿de qué les serviria entonces, ni » para qué les habria dado ese ardor insaciable de saber, » y les habria permitido descubrir las relaciones que tie-

» nen hasta con las cosas insensibles? Y si el hombre
 » puede distinguir lo bueno y lo malo, el bien y el mal,
 » lo que hay ó no de bueno en las diversas religiones,
 » ¿cómo le hemos de suponer indiferente al error y á la
 » verdad, cuando no debe serlo á cosa alguna, y que la
 » indiferencia es en él el carácter mas conocido y seguro
 » de estupidez ¹? »

Estas breves observaciones del filósofo mas profundo que ha aparecido y se ha conocido en Europa desde Malebranche, hacen ver claramente lo absurdo de los únicos principios en que se podría fundar la indiferencia de Religiones. Sometiendo de nuevo estos principios á un examen circunstanciado y rigoroso, esperamos no dejar excusa alguna racional ni á la credulidad que los adopta, ni á la mala fe de los que fingen adoptarlos. Para esto no se necesita talentos; el arte es necesario alguna vez para vestir al error con los colores de la verdad; pero para restituir á esta su esplendor, no se necesita mas que descorrer el velo con que se la ha pretendido cubrir.

A fin de que el lector siga fácilmente la discusion, conviene que de antemano se forme de ella una idea clara y distinta, conozca el fin adonde se dirige, y la senda y camino que le ha de llevar á él. Pues hé aquí en pocas palabras lo que vamos á establecer y el método y orden con que nos proponemos realizarlo.

Se ha querido decir que la Religion, verdadera ó falsa, es indiferente para el hombre; y nosotros haremos ver que, supuesta la existencia de una Religion verdadera, esta es para el hombre, tanto considerado en particular, como en union y sociedad con sus semejantes, y con respecto al mismo Dios, de la mayor importancia, de una importancia infinita: de donde se sigue que tiene un interés tambien infinito en cerciorarse si hay en efecto esta Religion verdadera, y por consiguiente que es una locura infinita querer permanecer indiferente. Para aclarar nuestros principios, aplicándolos á una Religion conocida, supondremos además que el Cristianismo es esta Religion verdadera, cuya importancia se trata de manifestar.

¹ *Sur la tolérance. Spectateur français au XIV^e siècle, tom. IV, pag. 72, 73.*

Se dice que todas las Religiones en sí son indiferentes; y nosotros probaremos que ninguna lo es en sí misma; que en toda Religion hay bien ó mal, verdad ó error; que necesariamente existe una Religion verdadera, es decir, una Religion de una verdad ó de una bondad absoluta; y que esta no lo es sino una sola; de donde se deduce la obligacion de abrazarla, si es posible el llegar á reconocerla.

Se dice que, aun cuando haya una Religion verdadera, el hombre no tiene medio alguno para distinguirla de las falsas; y nosotros probaremos que en todo tiempo han tenido los hombres un medio fácil y seguro de reconocer cual es la verdadera Religion; de donde resulta que la indiferencia es no solo un estado irracional, y destituido de todo fundamento, sino tambien criminal.

Dejamos á cada uno que juzgue por sí mismo de la fuerza de las pruebas que vamos á presentar; pues no queremos contestar á nadie este derecho. Pero diremos si, que el que rehusare examinar los fundamentos de la indiferencia, no se debe contar entre los indiferentistas dogmáticos. Por el hecho solo, él mismo se constituye en el número de aquellos insensatos, que queriendo á todo trance confundir los terrores de la conciencia con la repugnancia de la razon, temen mirar de frente á la verdad, y se forman contra ella una funesta muralla de tinieblas, defensa débil contra los remordimientos.

CAPÍTULO IX.

Importancia de la Religion con respecto al hombre en general.

La felicidad es el fin natural del hombre, no hay uno que no desee de un modo invencible ser feliz; pero frecuentemente la razon incierta y las pasiones ciegas le extravian y llevan léjos del término á que aspira con tanto ardor. El bruto sometido á leyes invariables, toca seguramente á su destino: ni error, ni afecion alguna